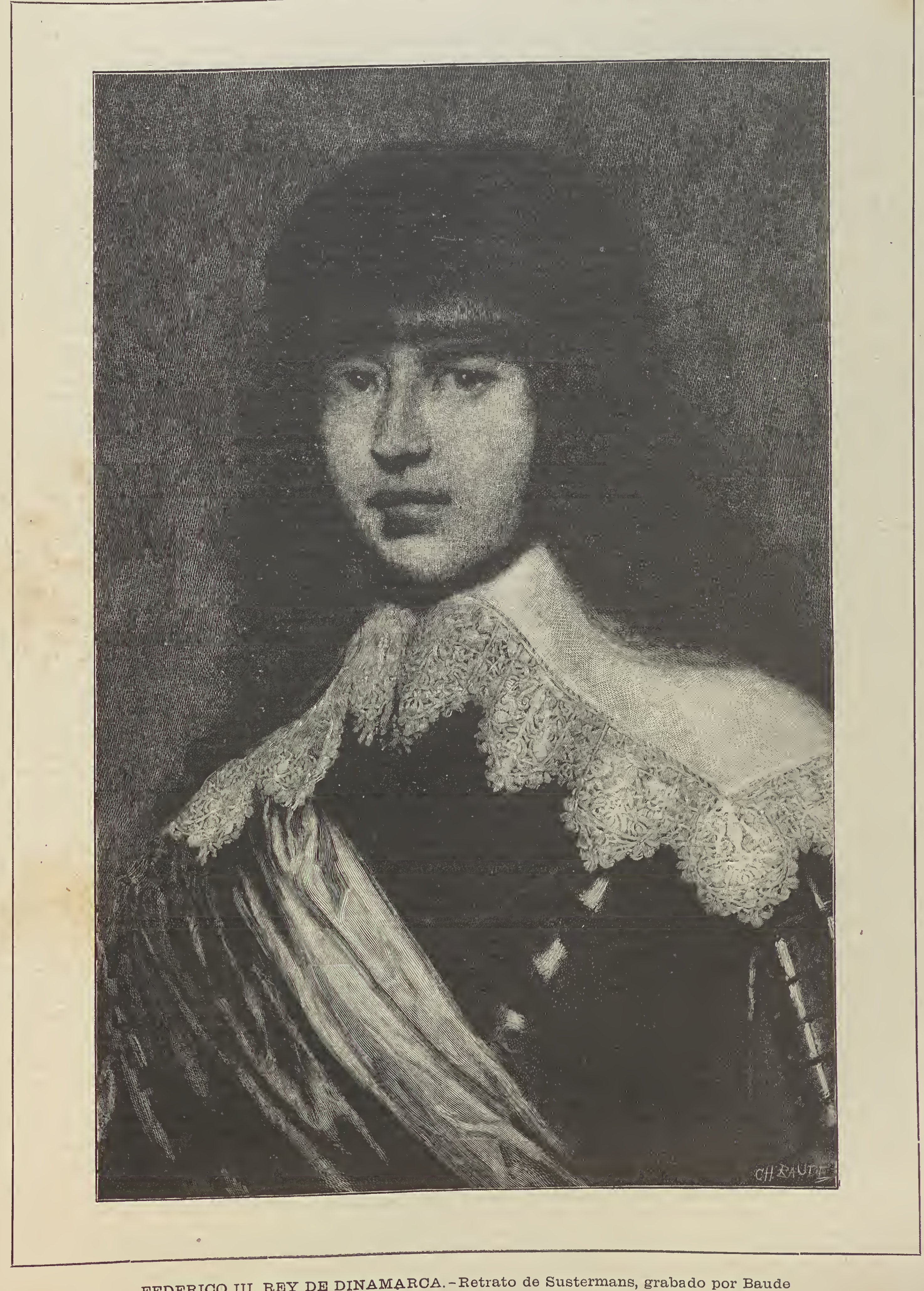
LA ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO IX — BARCELONA 13 DE ENERO DE 1890 — NÚM. 420

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



FEDERICO III, REY DE DINAMARCA.—Retrato de Sustermans, grabado por Baude

(Existente en la galería Pitti, Florencia)

NUESTROS GRABADOS

FEDERICO III, REY DE DINAMARCA

Retrato de Sustermans, grabado por Baude

Federico III de Dinamarca nació en 1609 y en 1648 sucedió á su padre Cristián IV: en los comienzos de su reinado hubo de firmar una capitulación en virtud de la cual entregaba el poder á la aristocracia, creándose de esta suerte una oligarquía con derecho á elegir á los futuros monarcas. Mas las guerras con Carlos X de Suecia en las cuales perdió Dinamarca la Escania, el Haland y la Blekingia (1660), la falta absoluta de recursos y el malestar general que en la nación se sentía trajeron consigo una revolución (1661) cuyas consecuencias fueron declarar la monarquía absoluta y hereditaria y dejar enteramente en manos del rey cuanto afectaba á la otorgación y conservación de privilegios á las distintas clases del reino: todo esto quedó sancionado en la Ley real (14 de noviembre de 1665) que no se conoció públicamente hasta la consagración de Cristián V. Desde entonces Dinamarca se sintió fuerte, reorganizó sus ejércitos de mar y tierra y pudo hacer frente con energía a sus enemigos exteriores.

Federico III murió en 1670 y de su reinado guardaron muy grata memoria los dinamarqueses.

Tal es el personaje histórico cuyo retrato reproducimos tomándolo del que existe en Florencia debido al pincel de Sustermans. De las cualidades artísticas de la pintura sólo diremos que tiene grandes bellezas que recuerdan las obras que en aquella edad de oro produjeron pintores contemporáneos del autor como Van Dyck, Rembrandt, Zurbarán y Ribera. El precioso grabado de Baude avalora aun más sus no escasas excelencias.

EN LAS LAGUNAS, cuadro de Francisco Ruben

Francisco Ruben siente especial predilección por la hermosa Venecia, y en su cuadro nos la reproduce risueña, agradable, animada por tres figuras graciosas y desarrollada delante de las inmensas lagunas cuyas aguas lejos de ser cenagosas y negruzcas como las de los canales venecianos ostentan los azulados matices del hermoso Adriático.

LA CABRA NODRIZA

cuadro de Nicolás Cannicci, grabado por Centenari

Cannicci es uno de los más distinguidos pintores de la escuela toscana, de esa escuela que tan al vivo y tan poéticamente reproduce las agradables escenas de la vida campestre.

La cabra nodriza es uno de sus cuadros más bellos por la naturalidad de la composición y por el sentimiento que refleja: la riqueza de motivos en el fondo que atrae sin distraer el ánimo del asunto principal, la vida y corrección de las figuras, la agradable variedad de tonos realzada por un elegante claro oscuro, la luz y el aire que llenan todo el lienzo son cualidades que denotan una concepción y un pincel privilegiados y revelan al artista que hoy constituye una de las primeras figuras de la pintura italiana contemporánea.

Croquis tomados en las provincias septentrionales del Brasil, por J. Steains

Mr. J. Steains que desde 1881 á 1885 hizo los estudios para el ferro-carril de Alagoas, nos presenta en sus croquis algunas costumbres y tipos de esa provincia del Brasil, situada á los 9 grados de latitud Sud, bañada por el Atlántico y confinante con la provincia de Pernambuco. De todos sus croquis el más interesante es sin duda el que lleva por título *Ingenieros improvisados* y representa un incidente que ocurrió en los primeros días de los trabajos de campo. Los indígenas que nunca habían visto trabajar á un grupo de agrimensores quedaron tan sorprendidos con la novedad de la cosa y grabaron tan bien en su memoria los menores detalles de las operaciones que á su vista se verificaban que con palos improvisaron teodolitos y miras y se pusieron á imitar cuanto habían visto hacer á los ingenieros europeos, dando lugar á la cómica escena que Steains se entretuvo en copiar y que demuestra cuánto partido podría sacarse del espíritu de imitación de ciertos pueblos naturales dirigiéndolo hábilmente por vías fáciles al par que útiles.

MONUMENTO ERIGIDO EN DUSSELDORF

á la memoria de Enrique Heine

La idea de erigir en Dusseldorf, su patria, un monumento al inolvidable Heine, al privilegiado poeta, al eximio autor del *Libro de los Cantos* y de *Alemania*, concibióla la emperatriz Isabel de Austria de quien partió también el deseo de que la ejecución de aquél se encargara al escultor berlinés Ernesto Herter, tan ventajosamente conocido en el mundo del arte por sus famosas obras monumentales. Herter trazó dos modelos, uno en forma de fuente monumental y otro que era simplemente la estatua del poeta. La opinión pública y el comité de Dusseldorf se decidieron por el primero, que es el que se construyó y el que reproducimos en este número.

LA TIERRA DE MARIA SANTISIMA

(Conclusión)

Conocía la tradición que atribuía á Salomón un misterioso secreto, con el cual elevando hasta las nubes una alfombra de su cuarto, había llevado á cima expediciones y viajes á países remotos. De repente, mandó parar á su jumento, y previniendo á San José que no se asustase por lo que viera, colocó la almalafa en el suelo y rogó á su santísimo hijo que la remontase á las nubes. Comenzó á elevarse lentamente la almalafa de la Virgen con la preciosa carga de la madre y del hijo. San José puesto de rodillas pedía explicación de lo que veía, y rogaba á su esposa que no le abandonase. «No te abandono, dijo la madre de Dios. Sube en el jumento vacío que yo adelantaré seis leguas camino derecho, y al llegar al término de la jornada pondré la almalafa en el suelo hasta aguardar tu llegada.» Así caminaron algunos meses hasta llegar á Tingis ó Tánger. Allí preguntaron si conocían á Herodes, y un judío helenizado les dió la triste nueva de que era pariente del rey de Jerusalén el propretor que tenían los romanos en la Tingitana. Mas añadió el israelita: En una comarca vecina y en una ciudad llamada Tarteso gobierna un magistrado enemigo de la familia asmonea.

No pudiendo caminar más á Poniente por impedirlo el mar y oyendo hablar de un país amigo representado como colindante, la Virgen mandó á la almalafa que remontase su vuelo hacia el Norte hasta llegar á Tarifa. No puntualizándose la noticia del helenizado por no haber palacio ni autoridad de importancia en Tarifa, la almalafa se posó sucesivamente sobre el horizonte de Córdoba y de Sevilla. Tampoco comprobó aquí la Virgen nada de la supuesta enemistad del pretor de la Bética con Herodes, pero agradándole lo apacible del suelo, bastante apartado de Egipto y Palestina para que se repitiesen los pasados temores, y el buen trato de los naturales de Andalucía, se aproximó otra vez á Africa y aguardó en los alrededores del Puerto de Santa María la llegada de San José con su jumento. Habiendo atravesado el Estrecho á la altura de las nubes sobre su roja almalafa, no había tenido ocasión de advertir que formaba parte del mar, siendo imposible que la industria humana le hubiese provisto de puente. Averiguada la razón de la tardanza del santo esposo resolvió volver en su busca al Magreb, pero antes de apartarse de aquella tierra de aspecto tan bonancible, rogó á su hijo la colmase de bendiciones. Como tierra no manchada todavía por persecuciones de Jesús, la estancia de la madre y del hijo prestó á la atmósfera innumerables virtudes. Las mujeres misericordiosas que acogieron y regalaron á Jesús, recibieron el beneficio de sus miradas y con ellas un encanto y seducción indefinible; el aliento de la madre y del hijo fecundó la tierra para que produjese frutos copiosos y exquisitos, y la sabiduría no estudiada de María al expresarse con voz dulcísima y regalada comunicó gracia, ocurrencia y sin igual donaire á todos los andaluces. Tornó la Virgen á colocar su almalafa en el suelo y en breves momentos se dirigió á la costa africana. Allí se le ofreció un espectáculo desgarrador y tristísimo. San José yacía desfallecido al lado de su jumento cerca de la orilla del mar, presa de ansias que parecían anunciar el próximo fin de su vida. Los cuidados de la Virgen junto con las miradas de Jesús lograron reanimarle, y después de tomar algunos manjares con que habían obsequiado á María las andaluzas que habían adorado al niño Dios, oyó de boca de su esposa el cuadro de las bellezas y ventajas del suelo de Andalucía.

Para estorbar una nueva separación propuso María á San José que también subiese él sobre su mantilla. Tres veces mandó la Virgen á su manto que los trasladase á España. La tela apenas sentía el peso de San José parecía clavada en el suelo sin moverse de su sitio. Interrogado Jesús por las miradas de su madre, permaneció pensativo. Comprendió San José que no era compatible con su carne mortal participar de aquel beneficio. Como Moisés en otro tiempo ante la tierra de Canaan vió la Andalucía de cerca, pero sin poder penetrar en la bendita tierra de María. Huyendo la sacra familia del gobernador de Tingis, dieron la vuelta á tierra de Egipto. Al llegar á Heliópolis reconocieron á los fugitivos varios vecinos de Matareah, que los contaban por muertos. Los satélites de Herodes que fueron en su persecución habían difundido la noticia en la comarca de haber encontrado en el desierto los cadáveres de un anciano, de una mujer y de un niño. Persuadido Herodes de que había muerto el nacido en Belén, cesó para siempre en sus pesquisas.

Al comenzar el año 1878 viajaba el que escribe estas líneas por el ferrocarril del Mediodía. Llegados á las inmediaciones de Sierra Morena, giró la conversación de los que le acompañaban sobre la ingénita gracia de las aldeanas que se veían en las estaciones, el brillo de sus ojos negros, la esbeltez de su talle y gentileza de su persona. Iba entre nosotros un pintor insigne, honrado con medalla de oro en una exposición extranjera, no siendo pequeño motivo de curiosidad para varios de los viajeros el conocer su modo de pensar y sentir sobre asuntos conexos con el arte. Uno más atrevido que los demás abordó la cuestión de frente y dijo: «¿Creéis, estimado compañero, que Bartolomé Murillo, el generoso artista del misticismo español, aquel que ha depositado su alma en sus cuadros y ha espiritualizado la naturaleza, para que fuese un segundo cielo, hubiera podido idealizar la prosa que desarrolla en nuestros días la vida de los casinos, de los comicios electorales, de la Bolsa y de los ferrocarriles?» Vaciló el laureado en exponer su opinión, pero instado por todos se resolvió á verificarlo, expresándose con un acento de ingenuidad, que parecía revelar una convicción profunda:

– A mi juicio, dijo, sería locura el dudarlo. Escenas de realismo menos tolerables que los objetos nombrados, ofrecían en su edad la intervención de los asentistas que esquilmaban un país empobrecido por las guerras y cada vez más despoblado, el aislamiento y etiquetas de la corte, los castigos aflictivos, la opresión, la ignorancia y el atraso, y sin embargo, lejos de envolverse en ellas el pintor de las Concepciones, mostró la dignidad de su inspiración, elevándose con raudo vuelo, sin que se supiese de dónde procedían sus alas. Murillo, como los grandes artistas, lograba el fin, disimulando la tosquedad de los medios, y de haber representado en nuestros días los efectos del ferrocarril lo hubiera verificado probablemente por medio de un cuadro de familia animado y generoso, no apelando á pintar á este efecto la maquinaria ni el carbón de piedra. La idea de imaginar, por otra parte, medios de rápida comunicación no ha sido peregrina jamás para los poetas ni para los pintores. Pensaron los primeros en la posibilidad de una comunicacion atmosférica, mediante aves domesticadas que trasformó la ficción poética y figurada en caballos alados; los segundos han representado como medios de locomoción para seres superiores la tenue envoltura y movimiento de las nubes. Después de todo, los mantos de armiño con reflejos dorados que aparecen de vez en cuando en la atmósfera, ¿qué son, estimados cual medios de viajar, sino una variante de los recibidos en la leyenda de «La Tierra de la Virgen» inventada por los orientales?

Oía este razonamiento, sin perder una palabra, cierta dama discreta y hermosísima que se sentaba á mi derecha, y tomado motivo de la razón unió sus ruegos á los míos para que el pintor nos refiriese aquella peregrina leyenda. No se hizo rogar el artista, antes bien, como si desease nuestra petición, acogióla con singular complacencia entreteniéndonos agradablemente con el pormenor de su viaje á Matareah y los razonamientos en alabanza de España debidos al alfaquí y al rabino, no sin amenizar la relación, mostrándonos dibujos de trajes y monumentos, según apuntes conservados en su cartera. Al concluir me encargó pusiese la narración por escrito, si así era mi voluntad, para solaz de los aficionados á memorias antiguas, con absoluta prohibición de citar su nombre.

En realidad, no acierto el motivo de tal prevención y tengo para mí que el narrador anónimo se revelará tarde ó temprano con notables pinturas de costumbres orientales, representadas con el pincel ó con la pluma. Al saber que escribo de encargo, espero me perdonarán los aficionados á lo maravilloso, si me he anticipado á exponer el argumento de una obra que, dado á conocer por el verdadero autor sería más de su gusto.

FRANCISCO FERNÁNDEZ GONZÁLEZ.

MONSTRUO HERMOSO

I

Era en el Carnaval de 1873.

Yo me aburría soberanamente en la capital del Principado, que con ser tan hermosa como ya entonces era, tenía para mí escasos atractivos, por la falta absoluta de afecciones de familia y de amistad y la escasez de relaciones sociales.

Me había llevado allí un asunto entre mercantil y judicial, y las pocas personas á quienes había tenido ocasión de tratar no me hacían formar muy buen concepto del carácter catalán; no ya por lo proverbialmente adusto que es (ó era, ó á mí entonces me lo parecía) sino por el *positivismo* (y dispénsenme la palabra los partidarios de esta escuela filosófica) con que aquellas gentes poco escrupulosas en materias de conciencia y de delicadeza social, trataban todas las cuestiones, así de comercio como de justicia.

Aunque alojado en la mejor fonda de la Rambla, que es como decir la mejor de Barcelona, ningún motivo tenía para estar satisfecho del trato que me daban, sobre todo en la mesa, donde era mucho mayor el aparato que la bondad efectiva del servicio, y muy inferior la calidad al número de los manjares.

Las malas comidas, si no determinaban precisamente malas digestiones, sí que me producían malísimo humor, pues soy de aquellos que tienen en el estómago el más poderoso y seguro regulador del espíritu.

Escasamente comunicativo por naturaleza y variando con bastante frecuencia los huéspedes de la fonda, en términos que á los diez días ya era yo el decano, nunca llegué á hacer amigos, ni aun de esos circunstanciales y someros que suelen crearse en los viajes, en los establecimientos de baños ó en las casas de huéspedes. La fonda, por todas estas razones, se me caía encima, y yo procuraba estar en ella el menos tiempo posible, es decir: sólo para comer y dormir.

Poco aficionado á matar las horas en el café, cuya atmósfera densa me repugna y me hace daño, no siendo socio de ningún círculo, ateneo ni casino; sin conocer más que de nombre las sociedades del *Embut* y la *Caldera*, las horas que me dejaban libres mis asuntos las empleaba, ora en visitar los antiguos y magníficos palacios de varia arquitectura, pero en la que domina el estilo bizantino, escondidos la mayor parte en callejas inverosímilmente angostas, ya en recorrer las anchurosas vías del ensanche, contemplando los soberbios y fastuosos hoteles y palacios de nueva construcción, bien haciendo excursiones á los preciosos pueblecillos de Vallcarca, Puchet, Gracia y demás que rodean á la antigua Barcelona; ó me entretenía viendo las obras del Parque, ó me embelesaba contemplando el mar, y sobre todo el puerto con su animación casi vertiginosa.

Que en estos paseos y entretenimientos tuve más de una aventura amorosa: ¿para qué decirlo? Barcelona es una ciudad en donde abundan las mujeres hermosas y *superabundan* las mujeres galantes; aunque yo no haya sido nunca muy tentado de la risa, era en aquel tiempo joven, tenía dinero, estaba ocioso la mayor parte del día, y, la verdad, si alguna me decía *envido*, yo al punto respondía *quiero*. Género fino, se entiende.

Pero todos estos encuentros fortuitos no dejaban en mi ánimo más huella que sobre la superficie del agua la quilla de un barco cuando sale del puerto.

El fastidio, pues, se había apoderado de mí, y era el aburrimiento mi estado normal.



EN LAS LAGUNAS, cuadro de Francisco Ruben

(Primera exposición anual de obras de arte de todas las naciones, celebrada en Munich en 1889)

II.

No sabiendo qué hacer de mi cuerpo, después de haber pasado la noche en el teatro Romea, algo aturdido por el accidentado traqueteo de una versificación indígena cuya significación en vano me esforzaba por comprender, pasé por delante del Liceo, en cuyos carteles ví anunciado gran baile de máscaras. Recordé que era aquel día jueves gordo y dí por resuelto el problema de retrasar por algunas horas el para mí repulsivo momento de tenerme que ir á la fonda.

Aunque no era más que media noche, tomé billete y penetré en el vasto y magnífico salón de baile. La animación empezaba á ser grande: las voces destempladas y chillonas de innumerables mascaritas y de unos cuantos mascarones, llenaban el espacio con un ruido confuso y atronador. Dando y recibiendo encontrones, dí dos ó tres vueltas por el recinto, hasta que pude atrapar un asiento en uno de los divanes.

Durante cosa de media hora, ví con los ojos medio entornados, pasar por delante de mí como visión fantasmagórica, figuras encantadoras, disfraces abigarrados, tipos ridículos, parejas amarteladas, cuadrillas alborotadoras, valsadores desenfrenados, bastoneros concienzudos; hombres graves, más aburridos que yo; jóvenes ebrios, más de vino que de placer; todo el contingente, en fin, variado y tumultuoso de un baile de máscaras.

Perdido entre tanto bullicio y tanta confusión, ni nadie se acordaba de mí, ni yo pensaba en nadie, cuando vino á sentarse á mi lado una mascarita, mejor dicho un joven... ó más bien una joven vestida de hombre, con su sombrero *clake*, su camisa de batista con cuello alto, su corbata blanca, su chaleco abierto, su pantalón *collant*, y su *monocle*.

No llevaba careta: su rostro era de una beldad perfecta y de una frescura de capullo. Llevaba los cabellos recogidos con arte tal, que parecían cortados á usanza varonil. Andaba con gracioso desembarazo y llevaba metidas ambas manos en los bolsillos del pantalón, conservándolas así aun después de haberse sentado. Nadie la acompañaba.

Su llegada fué como un soplo de brisa que disipara mi soñolencia... Me incorporé, afiancé mi sombrero, atuséme el bigote y me puse á contemplar y considerar aquel raro conjunto de belleza y virginalidad, con el descaro de quien cree estar seguro de ciertas facilidades de relación.

La joven que fumaba tranquilamente un pitillo, no pareció advertir mi movimiento, y desde luego no hizo caso alguno de mí. Para llamar su atención y tener un pretexto de entablar diálogo, saqué de mi petaca un emboquillado y la pedí fuego.

Hizo ella un movimiento de sorpresa al oir mi voz, como si sólo entonces hubiese advertido mi presencia, y volviendo hacia mí su rostro, aunque hermoso, ligeramente severo, alargó los labios con el pitillo, como invitándome á que lo cogiese yo; así lo hice, y cuando se lo devolvía, quedé suspenso al ver que, sin pronunciar palabra, ni sacar las manos de los bolsillos, bajaba un poco la cabeza y volvía á alargar sus sonrosados y finos labios en demanda del cigarro que hube de colocarlo yo mismo en aquella preciosa boca, cuyo aliento me hizo cosquillas en la mano y me abrasó al mismo tiempo el corazón.

Volvióse á quedar tan tranquila después de esta escena muda, pero teniendo ya en cuenta que yo estaba allí, reclinó ligeramente su cuerpo sobre el respaldo del diván, adoptando un continente de correctísima urbanidad.

– ¿No baila V.? la pregunté.

– No.

– Es muy original la idea de ir vestida de hombre y sin mascarilla, pero hay que confesar que hace V. bien por dos razones: la primera, porque sería una lástima privarnos de la contemplación de una belleza tan perfecta como la de V; y la segunda, porque el disfraz le sienta á V. á maravilla y no he visto en mi vida otra mujer que lo vista con más donaire.

– Es V. muy galante, pero pierde el tiempo. – Y al decir esto, una fina sonrisa animó sus labios, libres ya del cigarrillo que había escupido hacía un instante.

– No lo considero yo así, la contesté: nunca he pasado rato más á gusto, ni por consiguiente mejor empleado, que desde que la he visto á V.

– En tal caso, siento decirle á V. que aun ese gusto se le va á acabar, porque me marcho.

– La seguiré á V.

– Imposible. Buenas noches.

Y antes de que yo hubiese podido darme cuenta se perdió entre el torbellino, favorecida en su fuga por el confuso revoltijo que en aquel preciso momento producían las parejas que bulliciosamente corrían á formar los cuadros de un inmenso rigodón preludiado por la orquesta.

III.

En vano busqué á mi bella desconocida: á pesar de mi vista de lince y de mi agilidad, puestas ambas en juego con inusitado interés, no me fué posible descubrirla, ni en el salón, ni en los pasillos, ni en el restaurant, ni en ninguna parte. Eran las tres de la madrugada, cuando mohino y cabizbajo me encaminé á mi solitario y helado cuarto de la fonda, que aquella noche me pareció más triste que nunca.

Costóme mucho conciliar el sueño: la imagen de aquella encantadora mujer, la dulzura de su voz, la figura y elegancia de sus movimientos me habían causado una impresión profunda. Quizás contribuía á preocuparme, y no poco, el chasco que me había llevado en el juicio que de ella formé á la simple vista y con el atolondramiento propio del que, como yo, sin serlo, se juzga *hombre de mundo*.

Además mi amor propio se sentía herido. ¡Qué poco caso me había hecho! ¿Le habría parecido feo, ó cursi, ó fatuo, ú ordinario, ó facha? No podía ser: ¡si apenas me había mirado!

¿Y aquella rareza de tener las manos siempre metidas en los bolsillos? Deseando encontrar una explicación á este detalle y al mismo tiempo, allí en el fondo, vengarme de sus desaires, pensé: las tendrá feas, de seguro.

Me desperté ya muy adelantado el día. La mesa redonda ya se había servido y tuve que almorzar *extra*, pagando suplemento, por no quedarme sin comer.

Menos que los asuntos que me habían llevado á Barcelona y que estaban atravesando uno de esos períodos de forzosa tregua que impone la tramitación, tanto en los asuntos administrativos como en los judiciales, me ocuparon desde aquel día los pensamientos relativos á la incógnita del baile y el interés de encontrarla. No puedo asegurar si lo que en mi pecho se levantaba con fuerza avasalladora era amor, ó sólo deseo, pasión ó capricho; pero lo que sí aseguro es que todo mi ser se hallaba penetrado de aquel movimiento afectivo y que hasta mi salud llegó á resentirse.

Yo parecía un loco buscando por todas partes á la joven del frac. En un mismo día recorría los paseos más distantes, yendo del uno al otro dos y tres veces consecutivas: de la Rambla á Gracia, de Gracia al Parque; volvía por muralla de mar á la Rambla; de allí al paseo de Gracia, y vuelta al revés, otra vez por la Rambla y la muralla al Parque.

Algunas veces me ocurría súbito la idea de si podría estar en alguna torre de San Gervasio ó Sarriá, y tomaba el tren y me pasaba el día recorriendo aquellos deliciosos sitios. Volvía rendido, descorazonado; me aseaba, comía y á las pesquisas nocturnas. En una noche recorría todos los teatros, pasando de uno á otro en cuanto me convencía de que no estaba en los que había visto la mujer á quien buscaba.

¿Sería devota? No dejé desde que esta idea me ocurrió, de recorrer ni un solo día todas las iglesias de Barcelona.

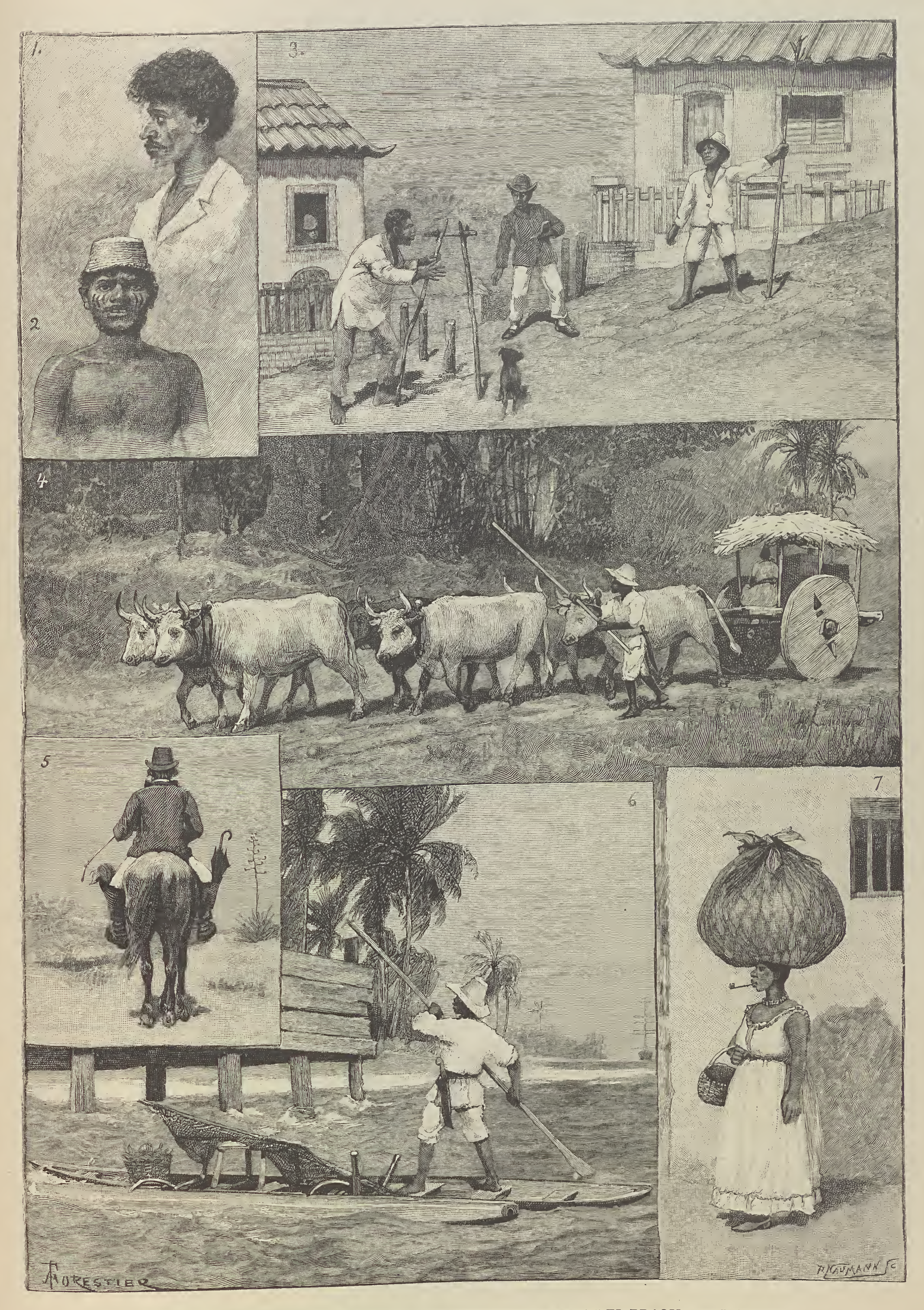
Volví á mi primitiva idea: ¿sería mujer galante? Con el fin de averiguarlo volví á acercarme, ó más bien, á hacerme asequible á las nocturnas aventureras de quienes huía desde que conocí á la de las manos en los bolsillos. Nada: no pude averiguar nada. Nadie la conocía.

Dos meses pasaron de esta suerte, y ya desesperanzado me iba resignando á considerar como un ensueño mi encuentro del baile del Liceo y empezaba á disponerme para regresar á Madrid, casi terminados ya mis asuntos en Barcelona, cuando una noche, saliendo de hacer algunas compras en casa Bach, ví cruzar por la acera de enfrente á una señora de edad, severamente vestida de negro, y á un joven, casi un niño, que con ella iba, llevando sombrero hongo y un sobretodo de color claro. La belleza del muchacho y la circunstancia de llevar las manos metidas en los bolsillos del abrigo, fueron para mí un rayo de luz; el corazón me dió un vuelco y sentí que un ligero escalofrío recorría todo mi cuerpo.

Avancé por la acera de mi lado hasta ponerme á la altura de aquella pareja, y procuré cubrirme con los transeuntes que iban y venían por mi misma acera, conservando yo tenazmente el lado de la pared, para evitar que mi adorada incógnita (si era ella) me viese, temeroso de que, como la otra vez, se me escabullese entre el gentío. Siguie-



LA CABRA NODRIZA, cuadro de Nicolás Cannicci, grabado por Centenari



CROQUIS TOMADOS EN LAS PROVINCIAS SEPTENTRIONALES DEL BRASIL, por J. Steains

1. Joven mestizo. – 2. Un mozo de *trapiche*. – 3. Ingenieros improvisados en el ferrocarril de Alagoas. – 4. Una *carroca* ó carro del país. – 5. De camino. Modo de aprovechar las botas. – 6. *Jangada* ó catamarán. – 7. Lavandera.

ron hasta la Rambla, y allí tomaron por la acera de la izquierda, llegando al pasaje Bacardí por donde penetraron en la plaza Real. Yo las seguía á corta distancia, la suficiente para que no advirtiesen mi persecución y la justa para no perderlas de vista. Como se habían detenido ante algunos escaparates y allí la luz les daba de lleno en el rostro, pude contemplarlas á mi sabor y convencerme de que, con efecto, mi primera impresión no me había engañado, y era aquella la mujer á quien con tanto ahinco había estado buscando.

Dieron, es decir, dimos una vuelta por los arcos ó soportales de la plaza, y tomando luego por la calle del Vidrio, salimos á la de Escudillers, pasando luego á la de la Condesa de Sobradiel, en una de cuyas puertas se entraron. Mientras dejaba pasar el tiempo que juzgué necesario para que llegasen á su habitación, estuve considerando la casa que era de muy buen aspecto y revelaba en los inquilinos que la ocupasen una posición, más que desahogada, brillante.

Entré en el portal, y pregunté al portero:

–¿Ha visto V. entrar á una señora y un joven que acaban de llegar?

–Sí, y no: esa señora y ese joven, son dos señoras.

–Bueno, ya lo sé: ¿viven aquí?

–Segundo derecha..

–¿Cómo se llaman?

–Pregunta V. más de lo que me creo en el caso de decirle.

Para dar á mi curiosidad un aspecto decoroso y caballeresco, saqué del bolsillo un Amadeo y se lo di al discreto guardián.

–No crea V. que pregunto con ningún mal fin: me interesa vivamente conocer el nombre de *ese joven-señorita.*

–¡Ah! entonces (guardándose el duro) muchas gracias: diré á V., la señorita se llama Juana, es huérfana, muy rica, vive con la señora mayor que es una tía suya, de pocos medios, y se ayudan: la una paga, la otra da sombra á la casa. Muy buenas personas. No reciben á nadie...

–Yo necesito hablarla: voy á subir.

–Suba V., pero es inútil: no le recibirán.

–Probaré.

Y sin más preámbulos, me lancé escalera arriba, llegando casi sin alientos, más que por el cansancio por la emoción, al segundo piso, derecha. Llamé con mano trémula.

–¿Quién? preguntó una voz atiplada.

–¿La señorita Juana?

–¿Qué desea V.?

–Hablar con ella.

–No recibe.

–Diga V....

–No recibe.

Y cerrando de golpe el ventanillo que para sostener este diálogo había abierto, me dejó plantado en el descansillo, corrido, contrariado, y encendido el rostro, no sé si de cólera ó de vergüenza. Bajé pausadamente la escalera, deteniéndome de cuando en cuando, y dirigiendo mis miradas hacia donde estaba la puerta fatal, dudando si volvería á insistir, y pesaroso de alejarme de allí, abandonando la empresa á la primera decepción.

Pasé por la portería en ocasión en que el portero no estaba, y esto me ahorró una humillación. Paseéme un buen rato por la acera de enfrente de la casa, subiendo y bajando la cuesta, en la esperanza de ver abrir algún balcón, escaparse algún rayo de luz, cruzar alguna sombra que me revelase algún acto de la vida íntima de aquella mujer misteriosa.

En medio de todo, sentía una viva satisfacción. ¡Era honrada! Era rica: no era una cualquier cosa. Pero ¿y sus manos? Tentado estuve una vez de entrar á preguntar al portero sobre esta circunstancia, pero me dió como vergüenza: parecióme que iba á cometer así como una acción indigna. Preferí quedarme en la duda, hasta que ella misma me revelase el secreto. Sí; yo conseguiría llegar hasta ella, y conquistar su corazón.

Embebido en estas ideas que habían acabado por tomar un tinte risueño, volví á la Rambla, y percatándome de pronto de que iba cargado con las compras que había hecho, como quiera que en aquel instante pasaba por delante de la fonda, metíme en ella y subí á mi habitación.

No eran más que las diez, pero resolví no volver á salir. Se había vuelto á apoderar de mí por entero el pensamiento de aquella mujer divina, y me ofendía todo lo que me pudiese distraer de él. ¡Me era tan grato!

¡Juana! Ya sabía su nombre: no era muy novelesco por cierto, pero sin embargo, bonito. Juana! Juanita! Y mentalmente pensé en todas las Juanas que pude recordar, para convencerme á mí mismo de que ese nombre le llevan también damas de la más elevada aristocracia, de la más alta distinción en el mundo elegante, y hasta mujeres que han ceñido corona.

Doña Juana la Loca, pensaba yo: que enloqueció de amor por su marido: ¿si será de Juanas el amar mucho? E involuntariamente acudió á mi memoria aquel romance que empieza: «Las Marías son muy frías...;» pero como lo conocía sólo de haberlo oído cantar alguna vez por la calle á los ciegos, no pude dar con la cualidad que el *poeta* había atribuído á las Juanas, y ni aun estuve seguro de que se ocupase de ellas. Renunciando, pues, á adivinar por el nombre la predisposición amorosa de mi amada, me pareció más práctico procurarme una entrevista con ella por medio de una carta.

Y, manos á la obra: aun no había acabado de formular en mi mente esta proposición, y ya mi voluntad había hecho á mi mano asir una pluma, mojarla en el tintero y ponerla sobre el papel.

No recuerdo lo que escribí: lo que sé es que sólo puse una carta, que no tuve que rasgar ningún pliego de papel, ni corregir ninguna frase. Procuré ser breve, conciso, claro y enérgico, cual un Tácito del amoroso estilo epistolar, y supongo que lo conseguí, cuando al presentarme al día siguiente á las tres de la tarde en la casa de la cuesta de Sobradiel, sin necesidad de dar mi nombre fuí introducido por la doncella de la voz atiplada en un precioso gabinete amueblado con el más exquisito gusto y la más extremada coquetería.

Hallábame contemplando con el placer de un inteligente (por tal me tengo) un hermoso cuadro de Urgell, cuando un ligero ruido de faldas me hizo volver la cabeza.

Era Juana: vestida de mujer estaba doblemente hermosa; la belleza de su rostro aparecía realzada por el contraste de la blancura mate de la tez con el oscuro castaño brillante de una cabellera sedosa, fina y abundante, difícilmente esclavizada por trenzas y horquillas en un caprichoso peinado de última moda.

Vestía una elegante bata de casimir con un delantero de encajes, y sobre sus hombros una especie de esclavina ó manteleta de crespón adornada con lazos de raso. Aunque no he estado nunca muy versado en esto de atavíos mujeriles, parecióme algo extravagante la tal manteletita, pero no llegó á grabarse en mí esta momentánea impresión, porque todas á la vez cedieron y se borraron ante el encanto y la suprema emoción que me produjo ver por fin, afable, sonriente, benévola, y casi afectuosa conmigo, á aquella hermosa mujer por la cual tanto había sufrido, y que, rindiéndose á mi primera súplica, accedía á recibirme en su propia casa.

Yo no sabía qué decir: limitéme por de pronto á un ceremonioso saludo que prolongué de intento por ver si entre tanto me ocurría alguna frase feliz, y sentía ya lo ridículo de mi situación, cuando oí la voz de ángel de Juana que me decía, dándome el ejemplo:

–Tome V. asiento.

–Señora...

–He recibido su galante carta, y aunque sé apreciar en lo que valen esas obligadas fórmulas de la cortesía, me creo en el deber de dar á V. las gracias por las lisonjas que me tributa.

–No son lisonjas, señora: y puedo jurar á V. por mi honor, que no he expresado ni un solo pensamiento que no tenga su raíz en mi corazón, y que lo difícil para mí ha sido contener el impulso de mi sentimiento que me arrastraba á mayores alabanzas, siempre inferiores, sin embargo, al mérito real de V.

–Dispense V. que le diga, amigo mío, que usa usted un lenguaje demasiado hiperbólico para que lo crea sincero.

–Puede que tenga V. razón, señora, y hasta me temo estar haciendo un papel ridículo á los ojos de V. No es mía la culpa: crea V. que no he pensado siquiera en escoger mis frases: han salido así, precisamente por la violencia que me he estado haciendo para no decir de golpe lo que constituye el objeto principal de mi visita; pero, puesto que mi torpeza la hace á V. dudar de mi sinceridad, voy á desvanecer sus dudas. No extrañará V. que sienta cuanto la he escrito y cuanto la acabo de decir, cuando sepa que la amo, que...

Una franca, pero cortés y graciosa carcajada, algo como la risa de un niño y la alegría de un pájaro, interrumpió mi arranque, y me hizo volver á mi asiento, del cual ya casi me había salido en actitud de semiflexión.

–Dispense V. que me ría, y no se ofenda, dijo con voz todavía llena de risa; me ha sorprendido tanto esa súbita pasión...! Es esta una materia en la que no concibo las improvisaciones.

–¿Y quién dice que mi amor por V. sea una improvisación? Recuerde V. el tiempo que hace que tuve el gusto de verla por vez primera; aquella noche dejó V. en mi alma la semilla del afecto que, tomando origen en la admiración de su sorprendente belleza, se ha convertido por la reflexión, por el deseo siempre burlado, por los atractivos de la imaginación durante la ausencia; por el vencimiento de la fantasía á la reaparición de la realidad, muy superior á cuanto aquélla había engendrado; por mil otras causas que yo he experimentado, pero que no acierto ahora á enumerar, en un amor firme, sólido, duradero, eterno. Sí; yo siento aquí dentro, en lo íntimo de mi pecho, la profundidad de este amor que es el primero que he sentido de verdad en mi vida, el único que he de sentir hasta que muera.

–Hágame V. la justicia de creer que no es la primera vez que oigo ese lenguaje, y hasta que he tenido ocasiones repetidas de acostumbrarme á él, en términos que ya no me produce ningún efecto.

–Imposible, señora, imposible que otro alguno la haya amado á V. ni la pueda amar con la fuerza, con la violencia con que yo la adoro.

–Verá V., verá V.; y le ruego que no me interrumpa. La primera vez que escuché declaraciones análogas á las que V. acaba de hacer, –no tan discretas ni tan retóricas, lo confieso; se conoce que es V. maestro; –la primera vez, digo, quedé yo misma impresionada y enternecida, llegando á interesarse mi corazón de suerte que, al venir el desengaño, abrió en él ancha herida que tardó mucho tiempo en cicatrizarse. Pero aquella pena me sirvió de escarmiento para el porvenir, y su recuerdo ha sido desde entonces como una coraza con que he defendido mi pecho de los tiros del ciego dios. Yo he jurado no entregar mi corazón sino al hombre que me demuestre bastante grandeza de alma para amarme no por mi cuerpo, sino por mi espíritu. ¿Le conoce V. acaso? ¿Ha tratado siquiera de investigar lo que existe debajo de esta envoltura carnal, en que V., como todos, cifra, por lo visto, la suma de la belleza digna del amor?

–¡Oh! no diga V. eso: la cara es el espejo del alma, y una cara de diosa, un cuerpo de hada, han de ser, forzosamente, la cárcel de un alma escogida, de un talento privilegiado, de un corazón de oro.

–Todo eso no pasa de ser pura retórica, y aun, si usted quiere, algo de poética, un poco trasnochada; pero en el fondo, ni lógica, ni seriedad.

–Juro á V....

–No jure V. nada, y déjeme concluir: tomada mi resolución tracé mi plan, y lo he seguido constantemente. Empiezo por no fiarme de ningún amante improvisado: usted no me ha visto más que una sola vez, no habló conmigo en ella ni media docena de palabras; las circunstancias en que me vió no fueron las más á propósito para formar buen juicio de mi modo de ser: ¿qué pudo, pues, impresionarle y seducirle á V.? Sólo mi físico, sólo la parte carnal, la que excita no los afectos, sino las concupiscencias...

–Protesto, señora, de la pureza de mis pensamientos!

–Vuelvo á rogar á V. que no me interrumpa, porque sino, nunca acabaremos. Repito que están Vds. cortados todos por el mismo patrón, y que, filigrana más ó menos, lo mismo que V. me dice me han dicho antes otros muchos, y las mismas protestas é idénticos juramentos he oído de todos ellos. He renunciado, pues, hace mucho tiempo al amor de los hombres, y me he refugiado en el amor á las artes, y hasta estoy por decir de las artes, pues vistos los inefables placeres que proporcionan á mi alma, me inclino á creer que la mitología fué una verdad, y que las musas pagan con su amor el culto que se las rinde.

–¿Y si encontrase V. un hombre que la demostrase que su amor era eminentemente platónico? dije yo, observando que hacía una pausa.

–¡Ah! entonces lo pensaría. Pero estoy segura de que nadie resistiría á la prueba. Todos, hasta ahora, se han rendido al ser sometidos á ella.

–¡Oh! exclamé yo triunfante. ¿Ve V. cómo nadie ha sentido por V. la vehemencia amorosa que á mí me embarga? A la prueba del agua, á la del fuego, á todas las torturas de la Inquisición sabría yo resistir antes que renegar del amor que V. me inspira.

–Nada de agua, ni de fuego, ni de hierro, ni de Inquisición. Es una prueba que podríamos llamar la prueba de la luz.

–Me someto á ella desde luego.

–Le estimo á V., me ha sido V. simpático, creo que podríamos ser amigos; me parece que debe de ser V. artista, ó por lo menos aficionado al arte; cuando entré, se hallaba V. contemplando una obra maestra de Urgell. ¿Por qué romper unas relaciones que llevadas por buen camino pueden ser duraderas?

–Más duraderas serán si V. me otorga su amor.

–Pide V. lo imposible.

–Venga la prueba.

–No; quiero ahorrarle á V. una decepción, y quizás un verdadero dolor.

–No puedo sentirle mayor que el de verme despreciado por V.

–Quiero ahorrarle á V. la vergüenza de sentirse débil y desfallecer ante la prueba.

–Mayor vergüenza y desdoro es huir ante la sola amenaza del peligro.

–No insista V., y permítame que me retire.

–No: de ningún modo.

Pero al pronunciar sus últimas palabras, Juana se había puesto en pie; y haciéndome una afectuosa reverencia, se disponía á salir. Yo, verdaderamente conmovido, y temeroso de verla desaparecer de mi vista, quizás para siempre, intenté detenerla, cogiéndola, es decir, buscándola una mano para cogérsela, pues durante toda nuestra conversación ella las había conservado ocultas debajo de su manteleta, cuidadosamente cerrada sobre el pecho.

Tratando, como digo, de cogerla una mano, hube de hacer presa en el crespón de la manteleta, al mismo tiempo que, inadvertida Juana de mi movimiento, daba los primeros pasos hacia la puerta. Yo me puse bruscamente en pie, y sin querer, sin saber lo que hacía, tiré de la esclavina, cuyo nudo saltó, quedándose aquella prenda colgando de mi mano y replegada sobre la alfombra.

Al sentirse así despojada, dió Juana un grito, y colocándose rápidamente en el centro del gabinete, púsose frente á mí, contemplando con aire entre doloroso y burlón mi estúpida actitud de sorpresa, de decepción, y casi diré de espanto.

Juana no tenía brazos: este defecto de nacimiento, que disimulaban cuando iba vestida de hombre, unos brazos postizos, había estado oculto durante nuestra entrevista por la manteleta de crespón.

Aunque su belleza seguía resplandeciendo como antes, aunque su talle era esbelto, aunque todas las proporciones de su cuerpo eran escultóricas, la carencia de aquellos miembros daba al conjunto un aspecto raro, fenomenal, monstruoso. Sobre todo la primera inesperada impresión era fatal: no había nada en aquel momento que atenuase el horror que producía la vista de aquella especie de mutilación.

El ánimo quedaba sobrecogido, la voz expiraba en la garganta, la lengua se pegaba al paladar. Inútil buscar excusas; no acudían á la mente. Yo sentía lo ridículo, lo falso de mi posición; yo sentía la mirada de Juana pesando sobre mí, haciéndome un mundo de reproches, y

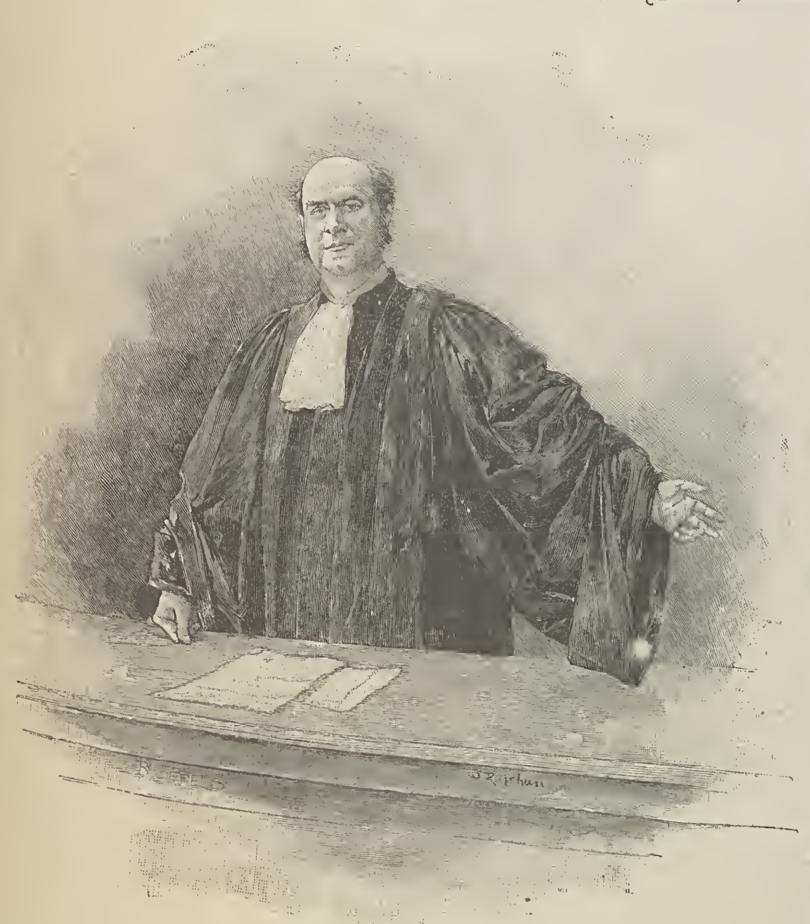
no me atrevía á mirarla. Con la vista clavada en el suelo, repasaba uno por uno todos los reparos con que ella había querido contrarrestar mi pertinaz empeño de someterme á *la prueba de la luz;* ahora ya sabía en qué consistía, y en verdad que era tremenda.

Pero yo era caballero; yo me había alabado de tener valor suficiente para resistir la prueba, y no podía quedar bajo la pesadumbre de una justa imputación de cobardía. Me decidí, pues, y haciendo un violento esfuerzo, alcé los ojos, y procurando que el resplandor de la hermosura del rostro no me dejase ver la fatídica silueta del tronco sin brazos, exclamé:

– Señora, la natural sorpresa me ha sobrecogido, pero al fin triunfa mi amor. Tenía V. razón; yo necesito un plazo para acostumbrarme á ver mutilada la obra más perfecta de la creación. Al cabo será V. mi Venus de Milo, con ojos que abrasan, boca que sonríe y corazón que siente.

Y sin esperar su respuesta, saludé profundamente y salí más que á paso, aturdido, loco, anonadado. Corrí á la fonda y me metí en cama. Tuve calentura, delirio... y al día siguiente salí de Barcelona, donde no he vuelto á poner los pies, temeroso de encontrarme por la calle á la mujer sin brazos.

VICTOR NAVARRO



M. PÉGUILLOU

LA FUERZA DE LA COSTUMBRE

Prodújose en el jurado un movimiento de curiosidad cuando M. Péguillou se dirigió al banco de los testigos para declarar en contra del acusado, porque no era costumbre verle hacer el papel de acusador.

En este mismo tribunal había resonado su voz más de cien veces para defender á tunantes de todas categorías, y para disculpar los más espantosos atentados, en períodos palpitantes de emoción. Era la providencia de los malhechores, descubría en los asesinos virtudes invisibles á la simple vista, y tenía la especialidad de hallar circunstancias atenuantes en los parricidas.

Porque M. Péguillou es una de las glorias de nuestro foro, y su nombre figura en casi todos los grandes procesos criminales. Desde el día en que hizo absolver á una lavandera que se deshizo de su hijo, cociéndole vivo en una sartén, su fama es universal, y los asesinos se agarran á él.

Es un *virtuoso* de la palabra: el Paganini de la defensa, y tiene la pasión y hasta la convicción de su arte.

Por medio de una óptica particular ha llegado á no ver los forajidos más monstruosos, sino á través del prisma de la abogacía. Para él un crimen no es un crimen: es una causa.

Cuando acontece uno de esos sucesos sangrientos que aterrorizan á la opinión, M. Péguillou se olvida de compartir la indignación general, y sólo considera el lado profesional del asunto. Al primer golpe de vista, con maravillosa intuición, hácese cargo de los puntos explotables para la defensa, de las dudas que debe hacer resaltar en el criterio de los jueces, y de los efectos patéticos de que echar mano, y sobre este primer objetivo, su inspiración le sugiere admirables deducciones. Teatral más que todo, fíjase especialmente en los golpes de escena.

Por lo demás, todo su contingente de compasión le reserva para los delincuentes. Las víctimas le son indiferentes, ó más bien las considera como enemigos, basándose en que en todo crimen existe algo de culpa por parte de la víctima, aunque sólo sea por la tentación que suscita en el culpable.

M. Péguillou procede por emoción y triunfa por enternecimiento. Su acento grave, caluroso, musical, tiene inflexiones conmovedoras. Sus ojos se humedecen; su fisonomía, de una movilidad irresistible, produce escalofríos en el auditorio, y en ciertos períodos se hace contundente; primero es rumor lejano y después trueno acompañado de relámpagos.

Nadie consigue como él trazar los punzantes cuadros de la miseria, evocando el espectro del hambre:

¡Pobreza, pobreza, eres una cortesana!

Acusa á la sociedad de ser la única responsable del crimen de su cliente, conmina á los jueces con remordimientos eternos y extiende convulsivamente los brazos, exclamando: «Piedad para este desgraciado! Piedad para esta lamentable víctima de la suerte!» Esto conmueve las entrañas, óyense ahogados sollozos, las señoras se desmayan, los jurados se enjugan los ojos, el tribunal siente picazón en los párpados, y hasta el mismo fiscal se suena con estrépito.

Y no es ciertamente que M. Péguillou represente una comedia. No, sino que se deja influir por las razones que invoca, se penetra de ellas, se embriaga, y cuando el resultado no corresponde á sus esfuerzos, siente el doloroso estupor del hombre que ve condenar á un inocente...

¿Y era él, el mismo M. Péguillou, el que se presentaba á confundir con sus acusaciones á un desdichado padre de familia inducido al robo por la necesidad?

He aquí lo sucedido.

Dos meses antes, una noche en que el abogado estaba en su cama vestido, pensando en una vista de causa del día siguiente, oyó ruido en su gabinete; levantóse precipitadamente, abrió bruscamente la puerta y se encontró á un individuo ocupado en forzar su gaveta. Echóse de un salto sobre él, derribóle en tierra, y le oprimió el cuello con sus robustas manos.

– ¡Perdón, caballero! – balbuceó el miserable. – ¡Tengo cuatro hijos!

– Convenido, – gruñó M. Péguillou, atándole los brazos atrás con un cordón.

Luego, vistiéndose de prisa, repuso:

– Vamos, anda delante. Si haces un solo movimiento te ahogo.

Y después que hubo dejado en la prevención al ladrón, volvió á acostarse tranquilamente.

Tentativa de robo con fractura, de noche y en casa habitada. Flagrante delito. Instruyóse el sumario en un abrir y cerrar de ojos, y se puso en disposición de pasar al jurado.

M. Péguillou, citado como único testigo de cargo, sentíase mal y estaba furioso; porque la cosa no era para menos. Un acusado digno de interés, de buenos antecedentes, viudo y con cuatro hijos que mantener, he aquí todo. Con la circunstancia además de que las informaciones le presentaban como trabajador, arreglado y laborioso. Pero habiéndole faltado ocupación, faltóle el pan á él y á sus hijos, y todo el honrado pasado del pobre hombre se había derrumbado en el abismo de la miseria.

¡Oh! sí. M. Péguillou estaba furioso, no porque sintiera compasión hacia aquel desgraciado, sino porque lo ridículo de su situación le saltaba á la vista. Por otra parte, pensaba en el partido que como abogado podría sacar de esta causa: ¡qué magnífica querella en perspectiva! ¡qué soberbia absolución que obtener! Nunca se le había presentado una ocasión semejante para tronar contra la sociedad, esta madrastra, y de hacer derramar torrentes de lágrimas, gritando en tono trágico:

«¡No, vosotros no condenaréis á este hombre, no podéis hacerlo, yo os lo prohibo!»

Todo, hasta los cuatro hijos del acusado, contribuía á hacer excepcional esta causa. M. Péguillou había tenido muchas veces ocasión de observar la influencia del número cuatro en la sensibilidad de los jueces, aunque por otra parte el efecto pierde un tanto de intensidad, considerando que el padre de familia ha obrado demasiado á gusto, abusando de la procreación. Sin embargo, cuatro hijos es la cifra clásica del enternecimiento.

Sólo una cosa atenuaba la satisfacción de M. Peguillou, y era que este proceso incomparable había caído en manos de su compañero M. Cardevois, abogado sin autoridad, sin talento – un 'parlanchín. Afortunadamente, con semejante defensor, el acusado estaba seguro de sólo atrapar una condena de cinco años, lo cual era un consuelo. M. Cardevois iba á disertar torpemente, cuando se trataba de conmover, elevándose por todo lo alto á las cimas de lo patético. ¡El animal! Ni siquiera sabría sacar partido de los cuatro hijos.

Y encogiéndose de hombros al suponer lo que diría su compañero, M. Peguillou rumiaba lo que él iba á decir. Esta querella le preocupaba como una obsesión, sentíase desvanecido y vibraba interiormente.

Mas, como irónico contraste al fracaso de la defensa, él veíase reducido á contestar á las preguntas banales del presidente, cuando le dijera con enérgica voz:

«Decid lo que sepáis.»

¿Lo que sabía? ¡Caramba! esto era bien sencillo y no se necesitaba mucho tiempo para hacer el relato...

Llegó el momento de la Audiencia.

En el banco de la defensa M. Cardevois tomaba notas sentenciosamente, y detrás, sentado entre dos gendarmes, el acusado sollozaba tapándose con su pañuelo.

El presidente insistió, tendiendo á precisar:

– ¿De suerte que eran las tres de la mañana?

– Sí, al rededor de las tres, señor presidente.

– ¿El acusado se introdujo en la habitación por medio de ganzúa ó de llave falsa?

– Lo ignoro.

– ¿Decís que se hallaba en actitud de forzar vuestra gaveta?

– Quizá haya podido equivocarme.

– Pero ¿le habéis sorprendido en el momento en que cedía la cerradura?

– Me parece. Estaba yo medio despierto.

M. Péguillou sentíase cada vez más embarazado; hubiera deseado hallarse á cien leguas, multiplicaba las reticencias y se esforzaba en tender un puente de salvación al acusado.

El presidente repuso imperturbable:

– Vuestra primera declaración no deja ninguna duda respecto á este particular.

– Un error se comete pronto, señor presidente, y se es menos afirmativo al considerar que la suerte de un desgraciado puede depender de una palabra imprudente.

– En fin, la fractura está probada.

– Lo que está probado, señor presidente, es la miseria que extraviaba á este padre de familia, hasta entonces irreprochable. Lo que está probado es que tiene cuatro hijos pequeños de los que es único sostén.

La voz de M. Péguillou se ahogaba, con el temblor precursor de los que vuelan alto. No pudo contenerse, y continuó con gran explosión:

– ¿Sabéis, señores, lo que es tener cuatro hijos que lloran de hambre? ¿cuatro pequeños seres, con las mejillas hundidas, con los ojos encendidos por la fiebre? ¡Os hacéis cargo de la espantosa tortura de ese padre, que los estrecha en sus brazos, desatinado, desesperado, próximo á la locura, no hallando siquiera como el ave marina, de que habla el poeta, el supremo recurso de darles por alimento la carne y la sangre de sus entrañas!...

Influído por el demonio profesional, M. Péguillou perdió la conciencia de su papel de testigo. La realidad se desvanecía ante él, y se creía en el banco de la defensa, volviéndose por lo tanto hacia el jurado y levantando, por un movimiento habitual, las ausentes mangas de su toga.

Estuvo admirable, sublime. Durante tres cuartos de hora tuvo al estupefacto auditorio pendiente de sus labios. Se dirigió al acusado, exclamando en una peroración palpitante:

«¡Poneos en pie, desgraciado padre; mostrad vuestro rostro que la angustia y la desesperación han surcado de arrugas llenas de abrasadoras lágrimas; levantaos en presencia de estos que van á ser vuestros jueces, para que vean si es el rostro de un culpable á quien es necesario castigar, ó el de un mártir á quien es preciso compadecer!» – Una emoción indecible se produjo de uno á otro lado de la sala. Según unánime opinión, jamás M. Péguillou habíase elevado á semejante altura.

El ministerio público, desconcertado, replicó tibiamente, no oponiéndose á la admisión de circunstancias atenuantes.

Cuando llegó su turno al defensor, cuyo aspecto sería imposible delinear, M. Cardevois se limitó á decir con acento ahogado por la cólera:

«Supuesto que mi eminente compañero se ha dignado apoderarse de una causa que me estaba confiada, no me queda más que sentarme, después de haberle expresado mi humilde y profunda sorpresa.»



El voto de absolución fué unánime.

Pero he aquí una absolución que M. Cardevois no perdonará jamás á «su eminente compañero.»

CH. GILBERTO MARTIN



MONUMENTO ERIGIDO EN DUSSELDORF A LA MEMORIA DE ENRIQUE HEINE

Modelado por Ernesto Herter

JUZGAR POR LAS APARIENCIAS

I.

Vivía en cierta aldea de Aragón un honrado labriego que tenía un perro para guardar su casa.

Atacado este animal de hidrofobia, antes de que nadie pudiera notar su enfermedad, se manifestó rabioso mordiendo á su amo, que entre horrorosos é indescriptibles sufrimientos murió pocos días después.

La noticia y detalles de su muerte produjeron naturalmente en el lugar gran pánico y gran azoramiento, porque aunque se había ya dado muerte al perro hidrófobo, quedaba el temor de que se hubiera contagiado la enfermedad á los demás animales que tenía en su casa el desgraciado labriego. ¡No eran estos temores infundados!

Quiso la casualidad que pocos días después fuése también mordido por su perro un vecino de la misma calle, y naturalmente él y todos temieron que también estaba hidrófobo este segundo perro; y por consejo del médico y disposición del alcalde, quedó el animal de observación, encerrado en una jaula que colocaron en el patio de la misma casa.

Se pasaron dos semanas sin que en el perro apareciese síntoma alguno de hidrofobia; efectivamente hasta aquel entonces no había contraído ni por contagio ni espontáneamente tan terrible enfermedad.

II.

Había sin embargo sucedido, sin que de ello tuviera nadie noticia, que el primer perro (el verdaderamente hidrófobo), el mismo día en que mordió á su amo mordió también á un gato de la vecindad y este más tarde (una vez hidrófobo) andando de aquí para allá fué á dar en el patio donde el perro sano estaba de observación.

Acertó el gato á descubrir en un rincón dos ratoncillos, pilló á uno de los dos y queriendo dar caza al segundo, se le escabulló el primero, aunque llevando triste recuerdo de la fuerza de las mandíbulas y venenosa baba del hidrófobo cazador.

Aturdido el pobre ratoncillo se introdujo en la jaula del perro sospechoso, entablóse entre los dos encarnizada lucha, pero el ratón defendiéndose, dió un mordisco al perro y se escapó.

Era pues natural que el perro rabiase, como rabió en efecto, y era también lógico que su amo que ya vivía en la mayor angustia sintiera crecer su alarma al ver que el animal se manifestaba abiertamente rabioso. Tal efecto produjo esta alarma en su abatido ánimo que, creyéndose condenado á morir de la más horrorosa de las enfermedades, el desconsuelo, el pesar y la desesperación produjéronle enfermedad de muerte.

Como nadie había visto al primer perro mordiendo al gato y éste al ratoncillo que á su vez mordió al perro, creyó todo el mundo equivocadamente, que este último animal estaba rabioso al morder á su amo, y esta creencia causó la muerte del amo del segundo perro.

III.

Por no reconocer nuestra ignorancia ó por lo menos falta de perspicacia para descubrir ó adivinar todo lo que puede haber mediado en un suceso, caemos con gran frecuencia en la desesperación, que como hemos visto puede ser infundada.

En situaciones como la que acabamos de relatar debe hacerse todo para combatir lo que pueda sobrevenirnos, pero no debemos en ningún caso entregarnos á la desesperación.

No hemos de olvidar jamás que casi todo tiene remedio en este mundo: todo menos la muerte, en el punto y hora en que Dios decide extendernos la cesantía.

ALBERTO LLANAS

NOTICIAS VARIAS

TELEFONIA Y TELEGRAFIA SIMULTÁNEAS. – He aquí el estado de las líneas telegráficas en las que puede telefonearse y telegrafiarse simultáneamente por los mismos alambres conductores, por el sistema Van Rysselberghe. El primer ensayo se hizo en mayo de 1881 entre París y Bruselas (320 kilómetros) y la primera instalación definitiva se inauguró en 23 de octubre de 1883 entre Amsterdam y Haarlem (20'4 km.). En Francia, cuya primera línea se inauguró en 2 de enero de 1885 entre Rouen y el Havre, hay actualmente las siguientes líneas: Rouen al Havre (92 km.), París á Reims (160 km.), Rouen á Louviers (42'82 km.), París á Rouen (140'36 km.), París al Havre (235'66 km.), París á Lille (240 km.), París á Marsella (870 km.), París-Bolsa á la frontera belga (250 km.). Para obtener la longitud kilométrica de los alambres basta doblar las anteriores cifras. En Bélgica el desarrollo del sistema Van Rysselberghe representa 7.206 kilómetros de alambres: de Bruselas parten 11 líneas para Holanda, Francia y Luxemburgo, que representan 929 kilómetros de distancia y 4.022 kilómetros de hilos. Alemania cuenta 5 líneas (4 que parten de Berlín y 1 de Breslau) con 1,032 kilómetros de alambres. La longitud de los alambres en los demás países es: en Baviera 600 kilómetros, en Wurtemberg 880, en Austria 288, en Suiza 536, en Holanda 340, en la isla de Java 56, en España 320, en Portugal 312, en Dinamarca 5. Francia y Bélgica son, pues, las dos naciones que cuentan con más redes de telefonía y telegrafía simultánea del sistema Van Rysselberghe.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN